

» China; pues en lengua chinesca habrá un mes que
 » me escribió una carta con un propio, pidiéndome,
 » me, ó por mejor decir suplicándome, se le enviase,
 » viase, porque queria fundar un colegio donde se
 » leyese la lengua castellana, y queria que el libro
 » que se leyese fuese el de la historia de D. QUI-
 » JOTE: juntamente con esto me decia que fuese
 » yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al
 » portador si su Magestad le habia dado para mí
 » alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por
 » pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos
 » os podeis volver a vuestra China á las diez, ó á
 » las veinte, ó á las que venis despachado, porque
 » yo no estoy con salud para ponerme en tan lar-
 » go viage; ademas que sobre estar enfermo, estoy
 » muy sin dineros; y emperador por emperador,
 » y monarca por monarca, en Nápoles tengo al
 » grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos
 » de colegios ni rectorías me sustenta, me ampa-
 » ra, y me hace mas merced que la que yo acier-
 » to á desear." El objeto de esta ficcion fue no solo
 renovar la memoria de su pobreza, tributando á su
 bienhechor y Mecenaz las expresiones de su grati-
 tud y reconocimiento por la liberalidad con que
 le socorria, sino encarecer particularmente su obra,
 y vindicarla de las atroces é injustas censuras de
 sus émulos. Lo mas notable que le achacó Avella-
 neda recayó sobre que su estilo ó *idiomá era hu-
 milde*, y que su autor *hacia ostencion de sín-
 nimos voluntarios*; y Cervantes, á quien no le era
 decoroso contestar abiertamente á este reparo, qui-
 so contraponer la elegancia y pureza de su estilo á
 la incultura y vulgaridad del de Avellaneda, su-
 poniendo que de los países mas remotos le pedian
 y solicitaban ansiosamente su obra, para que por
 ella *se leyese la lengua castellana*, como el texto
 mas propio y conveniente para aprenderla: opi-

nion calificada en el discurso de dos siglos por el
 voto unánime de los mayores sabios de la nacion,
 y por la respetable autoridad de la academia Es-
 pañola. *objeto* *noisqze smm smu smmsmnu*
 Y 166^{na} Fue en efecto constante el conato de
 Cervantes desde su juventud en cultivar y mejorar
 el castellano, queriendo manifestar que era mas va-
 rio; fácil y abundante de lo que algunos creian, y
 lográndolo con el feliz éxito que se advierte si se
 compara el estilo de la *Galatea* con el del QUI-
 JOTE y las novelas; y como lo descubren aquellos
 críticos juiciosos y atinados que han procurado
 analizar el lenguaje y estilo de nuestros mas clásicos
 escritores. Especialmente merece honorífica men-
 cion el erudito D. Gregorio Garces, cuando al inda-
 gar el fundamento del vigor y elegancia del idioma
 castellano, halla en Cervantes calidades tan eminen-
 tes, que asegura ser el que mas le ha enriquecido,
 y el hombre mas cabal así en esta materia como
 en el conocimiento de todo lo bueno. En aquella
 obra se ve demostrado con ejemplos el sumo tino
 y diligencia infatigable de Cervantes en aumentar
 ó introducir muchos nombres compuestos para ha-
 cer mas rica y elegante nuestra elocucion; hasta
 entonces pobre y diminuta por el desden con que
 la miraban muchos eruditos para emplearla en sus
 obras, y por la nimia severidad en admitir tales
 vocablos, sin embargo del precepto de Horacio,
 como ya lo observó Arias Montano. Nótese allí
 cuánto contribuyó Cervantes á engalanar nuestro
 romance con cierto atavío latino del siglo de Au-
 gusto, acrecentando así su dignidad y pureza.
 Allí se advierte la propiedad de estas mismas vo-
 ces en aquel significar simple y vivamente las co-
 sas, satisfaciendo la curiosidad y el entendimien-
 to, presentándole los objetos cuales son, y des-
 cubriendo su esencia, calidades y circunstancias.

Admírase allí aquel rico caudal, que no consiste solo en la abundancia de palabras, sino en aquellos singulares modos de variar natural y oportunamente una misma expresión, dando mayor amenidad y gracia á la elocución y al número. Y finalmente se observa y encarece la discreción en el uso de las palabras antiguas y nuevas, conforme á la doctrina de Quintiliano; pues si, habiendo Cervantes enriquecido tanto nuestra lengua, usó de alguna palabra forastera, ó fue por mostrarse festivo y sazonado, ó por seguir la corriente de su fácil y amena imaginación, y el ejemplo de otros insignes maestros, tales como Perez del Castillo, Mendoza, Ercilla, Coloma y otros. Aun pudiera alegarse, como prueba de su circunspección en esta parte, la graciosa censura que hizo visitando D. Quijote la imprenta de Barcelona, del abuso que en esto hacían los traductores, y algunos jóvenes incautos ó presumidos, que viajando por Italia sembraban después su estilo de barbarismos italianos. De las palabras antiguas usó también por gracia y jovialidad, como lo hicieron entre los latinos Ciceron y Terencio; mas con tal oportunidad, que mostró su intención de divertir al lector, y hacerle menospreciar los libros de caballerías, donde estaban consignadas tales voces y modismos; de las cuales colocó sin embargo á par de las nuevas y escogidas las que conservaban brio, gracia y expresión, y que ha honrado después el uso de los doctos por lo que agradan y por lo que autorizan el estilo. El de Cervantes fue por estos medios puro en extremo, armonioso en su número, fácil, enérgico y conveniente, y tal que le da un derecho indisputable á ser colocado entre los príncipes de la lengua castellana.

167. Los que han criticado tan maligna y fastidiosamente á Cervantes el uso de algunos italianis-

mos, ó de otras expresiones que no tienen ahora toda la pureza y decoro que requiere la delicadeza de nuestros oídos ó el refinamiento de nuestras costumbres, no se han hecho cargo de que hasta fines del siglo xv toda la riqueza la recibía el castellano del latín y de algunos restos del árabe en las provincias meridionales; pero que desde el reinado de los Reyes Católicos y en todo el siglo xvi nuestra dominación en Italia y Flandes, y la frecuente comunicación con estos países conaturalizó en España muchas voces y frases que forman hoy una parte preciosa del caudal de nuestro idioma: siéndonos extrañas por consiguiente aquellas pocas que con menos felicidad que las demás dejé de adoptar el uso, que es el árbitro en materias de esta clase. El autor del *Diálogo de las lenguas* deseaba en tiempo de Carlos v que muchas palabras italianas que cita, como *manejar, cómodo, diseñar, discurrir, entretener, facilitar* y otras se introdujesen en el castellano por la falta que en él hacían, y se le cumplieron sus deseos completamente, así como algunos años después introdujeron *duelo* por desafío, *centinela, mochila, estrada, dique, marisco, zapa* y otras infinitas D. Gerónimo de Urrea, D. Diego de Mendoza, Ercilla, Coloma, Suarez de Figueroa, Cristóbal de Rojas y otros atinados escritores. Y en cuanto á la pureza, decoro y magestad de las palabras y expresiones; no es bien sabido que se aumenta ó disminuye en proporción de la mayor ó menor delicadeza del oído, de la civilidad y finura de los usos y costumbres, de la extensión y popularidad que van adquiriendo, y de la mayor malicia ó ironía que se las da en la conversación y trato familiar, aunque no la tengan originariamente ni en su composición ni en su significado? Las voces y expresiones naturales é ingenuas de Berceo y del

Arzobispo de Hita, que nos retratan las costumbres puras y sencillas de su tiempo, no podríamos usarlas hoy con el decoro y propiedad que entonces tuvieron: y algunas que usaron Granada, Sigüenza, Ribadeneira y otros del buen siglo las calificamos ahora de vulgares, bajas ó indecorosas, sin embargo de que en ellas hallaron estos ilustres maestros toda la dignidad, gracia y propiedad, que tal vez han perdido por la mudanza del gusto y trastorno de las ideas y costumbres de los tiempos. Estas reflexiones dictadas por la filosofía y el juicioso discernimiento deben siempre preceder á toda crítica para que sea tan racional y justa como útil y conveniente.

168. Ni aun esta justicia y conveniencia podía tener en aquel tiempo la censura de Avellaneda, y por tanto era mas oportuna la suposición de Cervantes cuando realmente solicitaban de todas partes con empeño la obra del QUIJOTE, y cuando acababa de llegar á Madrid á principios del mismo año de 1615 el embajador de un rey del Japon pidiendo se enviasen religiosos para predicar el evangelio entre sus vasallos, habiéndose bautizado en la capilla real delante de Felipe III, con mucha pompa y solemnidad, un indio noble que aquel monarca enviaba como testigo y prueba de la sinceridad de sus deseos. Ni era menos adecuada la misma parábola en una época en que todavía conservaba la lengua castellana la universalidad y aprecio que la habian dado en el siglo precedente la gloriosa dilatacion del imperio español por ambos mundos, y la vasta y eminente erudicion de sus sabios y literatos. Era el idioma de las cortes de Viena, de Baviera, de Bruselas, de Nápoles y de Milan: todos se preciaban de saberle, y se tenia á mengua y vergüenza entre las gentes cultas é instruidas el ignorarle. Los enlaces de nues-

tros príncipes austriacos con los de la casa de Borbon que reinaba en Francia, estrecharon mas las relaciones de amistad, de comercio y de interes entre ambas naciones, y dieron tanto auge al idioma que facilitaba esta recíproca comunicacion, que en aquel reino, segun decia Cervantes, *ni varon ni muger deja de aprender la lengua castellana*; y en Paris mismo la hablaba gran parte de los cortesanos, aun sin haber estado en España, conforme al testimonio de Ambrosio de Salazar. Por esta causa y con este objeto se establecian allí hábiles maestros, que procuraban y promovian su enseñanza: se estudiaban con aplauso y aplicacion las obras españolas de mayor crédito y de mas castizo lenguaje, y eran comunes en manos de los franceses los escritores clásicos de nuestro siglo de oro. Los mismos profesores, aun sin ser españoles, escribian y publicaban en aquellos países gramáticas y libros castellanos, y varios naturales traducian á esta lengua las mejores obras francesas y de otras naciones. De aqui se originó que se imprimiese entonces tanto libro español en Alemania, Inglaterra, Francia é Italia; y de aqui que los españoles, dominando todos los teatros de Europa, tuviesen en ellos el mismo influjo que en los negocios públicos, como asegura un escritor frances, y que sus compañías de farsantes, sosteniendo en Paris y otras ciudades aquella aficion, propagasen y radicasen allí las bellezas y primores de nuestros insignes dramáticos, para que renaciendo poco despues con mayor economía, orden y regularidad en manos de Moliere, de Pedro Corneille y de otros sublimes ingenios, fuesen el encanto de todos los pueblos civilizados y el triunfo de la filosofía en cuanto á la pintura del carácter de las pasiones y de la correccion de los vicios ó extravagancias de los hombres. El mismo Cervantes vió impresa en

Paris, y despues traducida, su novela *el Curioso impertinente*, para instruccion de los que se dedicaban á aprender el castellano, y sabia con cuanta estimacion se leian y estudiaban en los reinos extraños su *Galatea*, sus demas novélas, y la primera parte del QUIJOTE, mientras que en su patria vivia desvalido y abandonado. Estas circunstancias dan mayor realce á la alegoría de que usó en su dedicatoria, en la cual presentó la verdad en todo su esplendor, aunque con tal delicadeza y discrecion, que sin ofender á ninguno en particular, fuese capaz de sonrojar á los que debiendo por su opulencia ó elevacion, promover y fomentar las letras, las miraban con indolencia y desden, y dejaban de aplaudir y premiar á los ingenios sublimes y desvalidos, que ilustrando á la nacion con sus obras, vinculaban en ellas para siempre la gloria de su nombre.

169. Muchos son los escritores de aquel siglo que se lamentan de esta falta de proteccion con que el gobierno miraba á los hombres de mérito; pero Cervantes habia tenido un desengaño y convencimiento propio, que tal vez intentó disfrazar en la mencionada parábola. Hallábase Felipe III en un balcon de su palacio de Madrid, y espaciando la vista observó que un estudiante leia un libro á orillas del rio Manzanares, é interrumpla de cuando su leccion dándose en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría. Atento el rey á todo adivinó inmediatamente la causa de tal distraccion y enagenamiento, y dijo: *Aquel estudiante ó está fuera de sí, ó lee la historia de D. Quijote*. Presurosos los palaciegos en ganar las albricias del acierto de su príncipe, corrieron á desengañarse, y hallaron que el estudiante leia con efecto el QUIJOTE; pero ninguno de ellos al

participarlo al soberano le hizo memoria de su autor, ni del abandono en que vivia, lleno de años, de méritos y de desgracias: y asi se malogró la ocasion mas oportuna de haberle conseguido alguna pension ó socorro para su sustento. A esto podria igualmente atribuirse la memoria que hizo del emperador de la China, prefiriendo á su aprecio estéril y vanos elogios la beneficencia y liberalidad efectiva del conde de Lemos, quien solo por su noble carácter y aficion á las letras se dedicó á promoverlas con empeño, y á honrar y socorrer con generosidad á cuantos las cultivaban con utilidad y adelantamiento.

170. En tanto que de sus compatriotas recibia Cervantes tales desaires y desengaños, y que sus émulos le menospreciaban y perseguian con tanto encono, los extrangeros que venian á Madrid, inducidos de la fama y crédito con que corrian sus obras fuera de España, le señalaban con el dedo por las calles, y procuraban con instancia todos los medios de conocerle y visitarle, para proporcionarse su trato y comunicacion familiar. El licenciado Francisco Marquez de Torres, capellan y maestro de pajes del arzobispo de Toledo, que censuró la segunda parte del QUIJOTE, nos ha conservado un testimonio irrefragable de este aprecio tan extraordinario que tributaban á Cervantes fuera de su patria. „ Bien diferente (dice en su aprobacion dada en 27 de febrero de 1615) han sentido „ de los escritos de Miguel de Cervantes, asi nues- „ tra nacion como las extrañas, pues como á mila- „ gro deseán ver el autor de libros, que con gene- „ ral aplauso, asi por su decoro y decencia, como „ por la suavidad y blandura de sus discursos, han „ recibido España, Francia, Italia, Alemania y „ Flandes. Certifico con verdad que en 25 de fe- „ brero de este año de 615, habiendo ido el ilus-

„trísimo señor D. Bernardo de Sandoval y Rojas,
 „cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, á pa-
 „gar la visita que á su ilustrísima hizo el embaja-
 „dor de Francia, que vino á tratar cosas tocán-
 „tes á los casamientos de sus príncipes y los de
 „España, muchos caballeros franceses de los que
 „vinieron acompañando al embajador, tan corte-
 „ses como entendidos, y amigos de buenas letras,
 „se llegaron á mí y á otros capellanes del cardenal
 „mi señor, deseosos de saber qué libros de
 „ingenio andaban mas validos; y tocando acaso
 „en este, que yo estaba censurando, apenas oye-
 „ron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando
 „se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la
 „estimacion en que así en Francia como en los
 „reinos sus confinantes se tenian sus obras, *la Ga-*
 „*latea*, que alguno dellos tiene casi de memoria,
 „la primera parte desta y las novelas. Fueron tan-
 „tos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles
 „que viesen el autor dellas, que estimaron con
 „mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáron-
 „me muy por menor su edad, su profesion, can-
 „lidad y cantidad. Halléme obligado á decir, que
 „era viejo, soldado, hidalgo y pobre: á que uno
 „respondió estas formales palabras: *¿pues á tal*
 „*hombre no le tiene España muy rico, y susten-*
 „*tado del erario público?* Acudió otro de aque-
 „llos caballeros con este pensamiento y con mu-
 „cha agudeza, y dijo: *si necesidad le ha de obli-*
 „*gar á escribir, plega á Dios que nunca tenga*
 „*abundancia para que con sus obras, siendo él*
 „*pobre, haga rico á todo el mundo.* Expresio-
 „nes agudas y discretas, que descubriendo la urba-
 „nidad y buen gusto de quien las decia, eran una
 „delicada apologia de Cervantes, y una tácita pero
 „severa inectiva contra la indolencia con que nues-
 „tra nación miraba los grandes ingenios que la da-

ban tan subida réputacion y gloria en todo el orbe
 literario.

171. Resultas fueron de este aprecio tan exten-
 dido y universal la multiplicacion de ediciones y
 traducciones del QUIJOTE por todas partes. „Trein-
 „ta mil volúmenes se han impreso de mi historia
 „(decia D. Quijote), y lleva camino de impri-
 „mirse treinta mil veces de millares si el cielo no
 „lo remedia.” „Tengo para mí (habia dicho ante-
 „riormente) que el día de hoy estan impresos
 „mas de doce mil libros de la tal historia; si no
 „dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde
 „se han impreso, y aun hay fama que se está im-
 „primiendo en Amberes; y á mí se me trasluce
 „que no ha de haber nacion ni lengua donde no
 „se traduzca.” Cumplióse este vaticinio de Cer-
 vantes de un modo tal vez muy superior á sus es-
 peranzas, porque pocos años despues se habian he-
 cho ya dos ediciones en Venecia de la traducción
 italiana de Lorenzo Franciosini, natural de Flo-
 rencia. Los franceses, que tambien se apresuraron
 á traducirla, cuentan ya el día de hoy siete tra-
 ducciones diferentes. Los ingleses, constantemente
 apasionados á Cervantes, y dignos apreciadores de
 su obra, no solo tienen desde el año de 1620 diez
 traductores de ella, como lo son Shelton, Gayton,
 Ward, Jarvis, Smollet, Ozell, Motteux, Wil-
 mont, Durfey y J. Philips, sino un comentador
 tan diligente y erudito como el doctor Juan Bow-
 le. En Alemania se han hecho y publicado mó-
 dernamente dos traducciones, la una por el señor
 Tiek, y la otra por el señor Soltan, que parece es
 la mas apreciable por su exactitud. Disfrúntale en
 sus respectivas lenguas Portugal, Holanda y otras
 naciones; y es de notar que en muchas de ellas,
 conociendo cuánta fuerza y vigor pierden seme-
 jantes obras al trasladarlas del original, se han mul-

tiplicado las ediciones castellanas, ilustrándolas con notas, comentarios y discursos, y adornándolas con excelentes estampas. Merecen contarse con especialidad en este número la edición hecha en Londres en 1738 con tanto esmero y magnificencia por J. y R. Tonson en cuatro tomos en cuarto mayor, en la cual se incluyó la primera vida de Cervantes que se había escrito á instancias de Milord Carteret por D. Gregorio Mayans y Siscar: la que publicó el mencionado Bowle en Salisbury y en Londres año de 1781 en seis volúmenes en cuarto mayor; conteniendo los dos últimos las anotaciones á la obra y varios índices, entre los cuales hay uno copiosísimo de las palabras usadas en ella, al modo del que suelen tener las exquisitas ediciones de los autores clásicos latinos: la que en el año de 1804 hizo en Berlín el señor Luis Ideler, astrónomo de aquella real academia de las Ciencias, en seis volúmenes en octavo mayor, dedicándola al señor Federico Augusto Wolf, profesor de poesía y elocuencia en la universidad de Halle; en la cual, con la mira de dar un texto correcto del QUIJOTE, y facilitar su inteligencia á los extranjeros, eligió por modelo la edición de Pellicer, insertando su discurso preliminar, su nueva vida de Cervantes, y las notas á la obra, aunque omitiendo algunas digresiones ó particularidades que solo pueden interesar á los españoles, y sustituyendo otras del doctor Bowle, y muchas explicaciones de las voces, frases y refranes difíciles, con sus correspondencias á veces en los idiomas alemán y frances. Otra edición del QUIJOTE en cuatro volúmenes en octavo se publicó en Burdeos el mismo año, arreglada enteramente á la que con tanta belleza y corrección tipográfica había hecho en Madrid la imprenta Real pocos años antes; así como en la publicada en París el año de 1814 en

siete volúmenes se ha seguido el texto de la edición de la Academia, reuniendo á la vida de Cervantes con sus pruebas, y al análisis y plan cronológico del QUIJOTE escritos por Rios, las notas y comentarios de Pellicer. Y finalmente los papeles públicos anunciaron la nueva edición que de la traducción inglesa de Jarvis había ofrecido Mr. Belfour, adornada con magníficas estampas, ilustrada con notas históricas, críticas y literarias, así sobre el texto como sobre la vida de Cervantes; y sobre el estado de las costumbres y de la literatura en el siglo en que floreció. *ini obnato nus. usupisino M*
 172. Esta aceptación tan unánime, tan general y tan sostenida, ha sido constantemente autorizada por el juicio y dictámen de los mas sabios y respetables literatos. El doctísimo Pedro Daniel Huet juzgaba á Cervantes digno de ser colocado entre los mayores ingenios de España. El P. Rapin calificaba al QUIJOTE por una sátira muy fina, superior á cuanto de este género se había escrito en los últimos siglos. Mr. Gayot de Pitaval en su obra de las *Causas célebres*, presentando á los jueces como modelo en casos extraordinarios los juicios ó sentencias de Sancho en su gobierno, llama al QUIJOTE *la fábula mas ingeniosa del mundo*. El culto Saint Evremont decía que de cuantos libros había leído, de ninguno apreciaría mas ser autor que del D. QUIJOTE, y que no acababa de admirarse cómo supo Cervantes hacerse inmortal hablando por boca de un loco y de un rústico. El juicioso abate Du-Bos, observando que todos los pueblos tienen sus fábulas particulares y sus héroes imaginarios; y que los del Taso y del Ariosto no son tan conocidos en Francia como en Italia, así como los de la Astrea son mas desconocidos de los italianos que de los franceses, asegura que solo la fábula del QUIJOTE ha logrado la glo-

ria de ser tan conocida de los extrangeros como de los compatriotas del ingenioso español que supo crearla y darla á luz. Por eso le llamaba inimitable el autor de la Eloisa, y le preferia á todos los escritores de imaginacion. El traductor frances Mr. Florian afirma que Cervantes es acaso el único hombre que por medio de una invencion tan original como ingeniosa haya obligado á los lectores á seguirlo en su historia no solo sin fastidio ni cansancio, sino con admiracion y contentamiento. El autor del *Espíritu de las leyes*; el célebre Montesquieu, aun cuando injuria á nuestra nacion con notoria falsedad y malevolencia, no puede disimular el mérito del QUIJOTE, diciendo que es el único libro bueno que tenemos: proposicion tan inexacta, como honorífica á Cervantes. El fecundo poeta ingles Samuel Butler en su poema satírico y burlesco intitulado *Hudibras* contra los presbiterianos del tiempo de Oliverio Cromwell: los insignes sabios de aquella culta nacion Pope, Arbuthnot y Swift en las *Memorias* que escribieron mancomunados de *Martin Scribler* para satirizar el abuso de la literatura y pedanteria en las ciencias: los escritores franceses Pedro Carlet de Marivaux en su obra *Les folies romanesques*; ó el *D. Quijote moderno*: el autor del *Oufle* y el del *D. Quijote en Paris*: Mr. D'Vssieux en el *nuevo D. Quijote*; y aun en España el festivo autor del *Gerundio*, el del *Quijote de la Cantabria*, y otros muchos de estas y diferentes naciones, todos se propusieron por modelo al *ingenioso hidalgo de la Mancha*, y todos aspiraron con empeño, aunque no con igual acierto, á imitar su plan, sus aventuras y sus gracias. El juicioso diarista holandés Justo Van-Efen queria que esta obra se pusiese en manos de la juventud para amenizar su ingenio y cultivar su juicio, por

la elegancia de su estilo, por la agradable variedad de sucesos que enlaza; por su moral admirable, y atinadas reflexiones sobre las costumbres de los hombres, por el tesoro que contiene de juiciosas censuras y excelentes discursos, y con especialidad por la sal con que lo sazona todo. Finalmente algunos cuerpos sabios han honrado el QUIJOTE, meditando ilustrarle, ya por lo respectivo á la cronología y geografia, ya por lo tocante á las alusiones de personas y sucesos verdaderos. 173. Merece nuestra memoria la resolucion que la academia de ciencias, inscripciones, literatura y bellas artes establecida en Troyes en Champagne, tomó á mediados del siglo pasado de comisionar un académico para viajar por España con el objeto de averiguar las circunstancias de la muerte del pastor Grisóstomo, y el lugar ó paraje de su sepulcro y enterramiento, procurando al mismo tiempo recoger otras noticias para ilustrar el QUIJOTE, arreglar un itinerario de sus viages, y formar una tabla cronológica de sus sucesos y aventuras, á fin de hacer una traduccion francesa mas exacta y fiel que las que se conocian, y una edicion superior por su correccion y magnificencia á todas las anteriores. Tan laudable y honorífico era el acuerdo y empeño de aquellos literatos, como excesiva su sencillez y credulidad en persuadirse de la existencia de los personajes que solo cupieron en la fecunda fantasia de Cervantes, y de la realidad de unos hechos que son puramente ideales ó alegóricos, sin tener presente cuanto habia reflexionado el erudito Huet en su tratado sobre el origen de esta clase de novelas, relativamente á la idea que tuvo Cervantes en su poner arábigo el original de la suya. No comprendiendo esta invencion, y persuadidos los académicos de Troyes de que esta obra árabe existiria en

tre los manuscritos de la biblioteca del Escorial, prevenian en consecuencia á su comisionado que la confrontase con la traduccion de Cervantes, prometiéndose que de este trabajo y de la publicacion del original pudieran resultar gran utilidad é ilustracion á la literatura.

174. Pero en medio de tantos y tan recomendables elogios como ha merecido el QUIJOTE, y de la unánime aceptacion de dos siglos, no han faltado críticos nimiamente severos que abultando ó engrandeciendo sus lunares, han pretendido mitigar sus alabanzas, ó contener la corriente de sus aplausos; pero quisiera yo (les diria el mismo Cervantes) que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran... y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene. En el año de 1647 publicó en Francia Mr. Sorel una obra intitulada *Le Berger extravagant*, con el objeto de ridiculizar los libros de caballería, y tambien los de poesía; y censurándole algunos escritores coetáneos que no habia hecho mas que imitar y repetir el pensamiento de Cervantes, intentó desvanecer esta objecion procurando manifestar no solo que su obra era original, sino que la de Cervantes estaba llena de inverosimilitudes, como las habia á su parecer en las aventuras de casa de los duques y gobierno de Sancho Panza; en que el cura, el barberó y el bachiller Sanson Carrasco dejasen su aldea y domicilio por seguir á D. Quijote; y en los episodios agenos de la censura de los libros caballerescos en que se distrajo Cervantes; con otros reparos no menos frívolos, y con mayor número de equivocaciones mucho mas absurdas y reprehensibles: con

las cuales acreditó bien á las claras la superchería de un escritor que corrido de ver descubierta su plagio ó su falta de imaginacion, trató de criticar y zaherir á su modelo con la misma osadía y petulancia con que se atrevió á esgrimir su libre pluma contra Homero, Virgilio, el Ariosto, el Taso, Ronsard y otros; sin reflexionar que el hecho solo de colocar á Cervantes entre tan claros varones era concederle aquel mérito sublime y original que pasando de siglo en siglo, siempre con entusiasmo y admiracion, le aseguraba un nombre eterno en las futuras generaciones.

175. De otro crítico ingles, semejante al anterior, defiende á Cervantes el autor de un periódico que se publicaba en Paris por los años de 1737. Aquel censor despues de haber atacado á Bayle, á Locke, al P. Malbranche, al *Espectador* de Addison y á otros autores y libros de igual reputacion, comienza á juzgar el QUIJOTE de Cervantes confesando la dificultad de sentenciar una obra, cuya suerte está decidida por el juicio del público. Sin embargo de esta prevencion, son tantas las inconsecuencias é inverosimilitudes que supone en las aventuras del vizcaíno, de los benedictinos, de los galeotes y de Dorotea; tal la difusion é importunidad en las historias de Marcela, de Zoraida, y del Curioso impertinente, aunque bien escrita, y en la de Cardenio, por mas que no solo ha gustado, sino que en su dictámen nada hay mejor imaginado, ni referido con mas gracias; y finalmente abulta y encarece tanto hasta aquellas omisiones y lunares que reconoció el mismo Cervantes, ó descubrieron sus émulos para zaherirle, que contradice y se opone á la opinion general que le califica de un crítico fino y juicioso, y solo ve en él una imaginacion agradable y fecunda, pero sin correccion ni exactitud. Es notable que toda la

censura recae sobre la primera parte del QUIJOTE, y con tanta semejanza con la que hizo Avellaneda, que puede sospecharse haber tomado de ella el crítico inglés los principales cargos y fundamentos, según opina el mismo defensor de Cervantes. Este añade que para apreciar tales acusaciones basta confrontarlas con el libro censurado, y entonces la complacencia y el buen gusto de los lectores encontrarán tantas bellezas, tales gracias, tan excelentes pinturas, tan oportunos caracteres, que aquellos lunares tan fastidiosamente repetidos por la maledicencia desaparecen de la vista, y este agrado y embeleso, que solo es propio de la belleza y sublimidad en las obras de imaginación, será la mejor apología del fabulista español.

176. No es extraño que unos extranjeros hablasen así de Cervantes para lisonjear su amor propio, cuando otros escritores patricios y coetáneos suyos, que le debieron suma indulgencia y encarecidas alabanzas, lejos de corresponder á tanta generosidad, procuraron zaherirle y desacreditarle, aunque con la timidez y simulación que califican los procederes alevés é indecorosos. Nadie se presentó entonces franca y descubiertamente en la palestra; y es fácil conjeturar que las mezquinas pasiones que exaltaron la cólera de Avellaneda, cundieron también entre otros literatos, zelosos de que obtuviese Cervantes tanto aprecio del público por sus obras, y de sus ilustres protectores la preferencia, las distinciones y beneficios que ellos procuraban afanosamente, y acaso no con éxito tan favorable. Tal piensa el señor Pellicer que fue el origen de la ironía y de las invectivas con que Vicente Espinel intentó disminuir el mérito del QUIJOTE, para levantar sobre él á su *Escudero Marcos de Obregon*, que publicó en 1618. Este escritor había elogiado á Cervantes en su ju-

ventud, le había tratado después familiarmente en algunas sociedades y conferencias, se había visto favorecido de él con honoríficas expresiones, y ambos patrocinados del cardenal de Toledo, obtuvieron de su generosidad una pensión para sobrellevar los trabajos de la vejez y de la pobreza. De aquí pudo nacer la emulación que algunos pretenden descubrir en la dedicatoria de aquella obra y en varias especies sueltas del prólogo, que intentó apoyar con el dictámen de los amigos con quienes había consultado, siendo uno de ellos el M. Fr. Hortensio Félix Paravicino, que en su aprobación resumió sin duda el parecer de todos, afirmando que de los libros de entretenimiento común, *es* (el *Escudero Obregon*) *el que con mas razon debe ser impreso... pues de los de este argumento (añade) me parece la mejor cosa que nuestra lengua tendrá.* Así este aprobante como sus compañeros habían visto y leído la segunda parte del QUIJOTE publicada dos años antes. Como el carácter ó genio de Espinel era conocidamente socarrón, crítico y murmurador, según lo indicó Cervantes en el *Viage al Parnaso*, al mismo tiempo que decía era uno de sus mas antiguos y verdaderos amigos, no es inverosímil que aquel dirigiese sus tiros contra la obra de este, ni que los otros la tuviesen presente para formar un juicio tan apasionado como desmentido por la imparcial crítica de los sabios posteriores; pues aunque sea apreciable la vida del *Escudero Obregon*, carece de aquellos esenciales requisitos de invención, de filosofía y de gracias originales, que han hecho al QUIJOTE un libro clásico entre todas las naciones cultas de estos últimos siglos.

177. Aun es mas descubierta la ingratitud y emulación del doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, natural de Valladolid, auditor de nuestras